

CURIOSIDADES HISTÓRICAS



EL MONASTERIO DE LEIRE Y LA CIUDAD DE SAN SEBASTIAN.

El día 17 de Abril del año 1014, los ecos de la sierra de Leire repercutían alegres voces, vivas entusiastas y sonidos armoniosos de instrumentos músicos, que confusos se escapaban del interior de aquel vetusto templo oculto entre sus escabrosidades

D. Sancho, Rey de Nabarra, y su esposa D.^a Mayor, habían llegado al venerando Cenobio, bajo cuyas sombrías bóvedas dormían el sueño de la paz ilustres progenitores suyos, sábios prelados y heroicos guerreros, y en cuyos altares se guardaban entre valiosas joyas históricas y artísticas otras de inevaluable precio, que consistían en los cuerpos de las santas mártires Numilon y Alodia, y en otras muchas reliquias.

El objeto que traía al monarca nabarro y á su esposa á aquellas soledades no era otro que el de cumplir sus votos y orar y fortalecer su espíritu en aquel santo monasterio, el primero y más antiguo y el que más entrañablemente querían entre todos los de su reino. En aquel templo augusto veíanse confundidos el culto de Dios y el culto de la independencia; de sus ciclópeos muros pendían armas rotas, banderas destrozadas, trofeos cogidos al enemigo, y en sus sagrados ámbitos creíase escuchar unida á la salmodia de la oracion la voz potente del viejo patriotismo nabarro.

Después de orar los reyes al pié del altar mayor, detuviéronse ante la tumba de sus padres y arrodilláronse de nuevo, permaneciendo largo rato en aquella actitud; levantáronse por fin, y después de besar la piedra que ocultaba los sagrados restos, dirigieron á la sala

capitular, seguidas del abad de Leire, de varios prelados y de una inmensa comitiva de magnates, guerreros, monjes venerados y honrados campesinos.

Sentáronse los reyes en esculpido escaño y con voz pausada y grave dijo D. Sancho al respetable abad de Leire:

—«Hoy que por la permission Divina nos ha sido dado celebrar en este sagrado retiro la traslacion de las santas mártires que aquí se veneran, plácenos demostrar al antiquísimo monasterio de Leire nuestro singular afecto y consagrar tambien un recuerdo tierno á nuestros ilustres y amados padres cuyos restos aquí descansan y cuya memoria tiene perpétuo asilo en nuestro corazon.

A este fin, y en recompensa de los sufragios que haceis y habeis de hacer por que sus almas obtengan prontamente el eternal descanso, yo, el Rey de Nabarra, dono y ofrezco voluntariamente á Dios y á los Santos cuyas reliquias aquí se custodian; al monasterio de Leire y asimismo á mi padre espiritual y maestro mio el abad D. Sancho, obispo de Pamplona, y tambien á los monjes que en este retiro moran en servicio de Dios, tanto presentes como venideros, *un monasterio sito en los fines de Hernani, á la orilla del mar, llamado de San Sebastian, con su parroquia. Igualmente les dono aquella villa que llamaron Irzurun los antiguos con sus dos iglesias de Santa Maria y San Vicente mártir, y con todos sus términos, tierras, manzanares, pesqueras marítimas, montes, collados, valles, llanuras, censos, pastos, décimas, primicias y oblaciones, con todo lo demas que de cualquier modo pertenezca á los dichos monasterio y villa, segun como yo y mis antecesores lo habemos poseido, para que todo ello quede á disposicion del expresado monasterio de Leire y del obispo D. Sancho.*»

Calló el monarca y adelantándose el venerable abad de Leire contestó:

—«Acepto, Sr. Rey, benignamente, y como don maravilloso, el que acabais de hacer; y yo y los religiosos á mí confiados por la voluntad del Todo-Poderoso, os damos, Señor, rendidas gracias y os ofrecemos nuestras oraciones y las de los que en este Santo retiro nos han de suceder en lo futuro.»

Revistióse despues el abad de las insignias episcopales y continuó diciendo:

—«Como obispo de Pamplona y usando de las facultades de tal, para que este monasterio nunca padezca molestia respecto á lo que le

haya sido donado, declaro y digo: que si acaso ha habido hasta ahora alguna cosa perteneciente al derecho episcopal en las iglesias mencionadas de Santa María y San Vicente, desde luego lo cedo y dejo todo libre é ingénuamente y con perpétua firmeza en el derecho y servicio del sobredicho monasterio de Leire, lo cual confirmo y apruebo á presencia de los obispos y príncipes y de todo el pueblo aquí reunidos.»

Retiróse el abad; colocó el Notario Real sobre tosca mesa de roble del Pirineo una prolongada tira de pergamino, en la que consignó lo que antecede; pusieron en ella sus signos y sellos céreos, pendientes de luengas cuerdas de seda, los obispos D. Mancio de Aragón; D. Sancho de Iruña (Pamplona); D. García de Nágera; D. Munio de Alava y D. Juliano de Oca; volvieron á ingresar cuantos allí había en la sombría iglesia; dejáronse oír nuevamente la voz vibrante de las campanas y las aclamaciones de la multitud; y Reyes y Prelados, magnates y pueblo, separáronse, atravesando los silenciosos claustros, y fuéronse los unos á continuar planes guerreros que ensancharan las fronteras de Nabarra; los otros á ocuparse de la salud de las almas que les estaban encomendadas; el pueblo á sus habituales trabajos y los monjes á estudiar y meditar en la ciclópea cripta Lege-riense, por cuyas angostas ventanas se escapaba al poco rato el murmullo santo de la oracion.

Pocas semanas despues del suceso que dejamos relatado, los vecinos de Irzurun acompañaban por entre floridos manzanales y verdes prados á tres monjes de Leire, despidiéndose de ellos con frases de gratitud y de respetuoso cariño. Eran estos los que en nombre del célebre monasterio habian tomado posesion de las propiedades que el Rey D. Sancho le donara, y regresaban ya á su retiro.

Con ellos iba tambien un grupo de jóvenes, calzados de abarcas y apoyados sobre el hombro el nudoso makilla, de cuyo extremo colgaba un hato de ropa; hijos de pobres pescadores á los que un reciente temporal habia dejado huérfanos y á quienes los caritativos monjes de Leire consideraban ya como individuos de su familia, encargándose, segun costumbre, de su educacion y porvenir.

Cuando hubieron llegado á una eminencia que dominaba á la villa y al mar, detuviéronse todos; recitaron algunas oraciones y despues de contemplar aquel espléndido panorama, extendió los brazos el monje más anciano exclamando:—«Que como yo los bendigo, bendiga Dios á estas hermosas montañas y al pueblo honrado que las ha-

bita; que en esos templos de Santa María, San Vicente y San Sebastian resuenen siempre las alabanzas del Señor; que tú, humilde villa de Irzurun, crezcas y prosperes, y que como el mar se detiene al pié de tus muros se detenga ante tí la desgracia, y sobre todo, la impiedad!».

.....

Aquella pobre villa, que con sus términos poseyó Leire, y durante siglos formó parte de Navarra, es el San Sebastian de nuestros dias; sus modestísimas viviendas se han convertido en palacios que ilumina de noche la luz eléctrica; cruza sus campos la locomotora, y surcan su bahía, donde ántes atracaban los barcos balleneros, orgullosos vapores. Es la *perla del Cantábrico*, que ataviada con todas las galas de la moderna civilizacion contemplan con admiracion los extraños y miramos con orgullo los que hemos nacido en cualquiera de las comarcas que constituyen el solar euskaro.

Y sin embargo; á la vez que júbilo por su prosperidad, siente tristeza el corazon cuando recuerda que el venerando Monasterio de Leire, yace hoy por tierra; que aquel baluarte de la independencía basco-navarra en los luctuosos tiempos de la reconquista; aquel foco de ilustracion, refugio de las ciencias, donde admiró, San Eulogio de Córdova los manuscritos de historiadores y poetas latinos que hoy todavía estudia Europa; que aquel asilo de Santos héroes y reyes, *Córte y corazon de Navarra* está en ruinas y olvidado vergonzosamente hasta por los hijos del antiguo reino.

Triste condicion humana; espantables estragos del tiempo, que destruye los más soberbios monumentos y—lo que es más triste—borra la gratitud y los recuerdos en las almas!

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

San Sebastian, Agosto de 1886.

